

# DISCURSO

pronunciado por el doctor José Vicente Castro Silva en la clausura de estudios del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario el día 29 de octubre de 1932.

---

**Señor Ministro de Educación Nacional,  
Monseñor Ilustrísimo,  
Respetable Claustro,  
Señoras, señores.**

Otro año escolar va a sumarse hoy con los muchos que constituyen la historia de este Colegio Mayor. Con vuestra venia, señor Ministro, declaro concluidas las lecciones y terminados los estudios: sea la presencia de este concurso honra y decoro que avaloren y premien la suma de esfuerzos realizados en el presente año lectivo por esta esclarecida juventud.

Con el natural sobresalto de quien lleva sobre sí una responsabilidad ingente, yo me he preguntado si en esta hora del entroje escolar tenemos que afligirnos ante la cortedad y escasez de la cosecha, o si hemos de alzar a Dios, dispensador de todo bien, el himno agradecido con que deben celebrarse las labores fecundas, los frutos colmados y las expectativas favorables.

Sin ponderaciones extremosas e irritantes, sin optimismo desalumbrado e ingenuo, creo, señores, que lo segundo es más probable, y que este año, que también es el último de un período rectoral, debe contarse entre aquellos que nos autorizan para esperar grandes

cosas del Colegio Mayor, y que nos estimulan a dedicarle la mayor suma de energías que lo fomenten, de amor que lo comprenda y de solicitud que lo engrandezca.

Acaece en la vida de estas instituciones que debido a muchas circunstancias y factores, no siempre patentes ni discernibles, alternan los años buenos con los años malos. En ocasiones parece que todo se arrastra fatigosamente; la disciplina y el estudio tienen más de observancia impuesta desde fuera, que de imperativo consciente y racional latente en el ánimo de los alumnos; otras veces, descontados los inevitables desfallecimientos humanos, se advierte un afán habitual y constante de lograr riquezas mentales, de superar dificultades, de aprovechar el tiempo. Cunde la sana emulación y se entiende muy a las claras que los ejemplos antiguos, repuestos en el archivo de las glorias rosaristas, no son letra muerta sino aguljón vibrante para estas generaciones nuevas. Son, en fin, estos, los años buenos en que triunfan de ordinario la persuasión y el convencimiento, en que los estudiantes saben descubrir y apreciar la necesidad del ornato y de la cultura espirituales, en que el imperio de las Constituciones se asienta, no tanto por vías de coacción exterior, cuanto por el influjo de la buena voluntad y de la inteligencia generosa.

Y a estos años buenos seguirá quizá otro en que mermada la viveza y desconcertados los resortes de la mente, sólo prosperarán la apatía y la indiferencia con sus naturales secuelas de desorden y de hastío. Cuando tal suceda no discurrirá por estos claustros, asiento legendario de toda valentía, una turba gozosa urgida como el mancebo de Longfellow, por aquel «EXCELSIOR» que es invitación a escalar cumbres de honor; discurrirá más bien un cansado enjambre de almas semejantes a las que vio pasar el Florentino, agobiadas por

capas de plomo y en amarga procesión de desconsuelo.

Pero no es de éstos el año presente. Yo, que siempre he juzgado el despejo y entendimiento de la juventud colombiana dignos de entrar en liza con los de cualquier otra juventud, tengo que declarar que estos rosaristas son la mejor comprobación de mi juicio. De todos los departamentos de la República han venido los que integran esta comunidad a demostrarnos que dondequiera depositó Dios simientes y promesas de crecido valor que otro día pueden ser ornamento de la Nación. El Colegio les ha exigido un esfuerzo proporcionado a esas calidades, y ellos saben muy bien que el rigor progresivo de los exámenes y la parsimonia de las calificaciones, no han sido ni pueden ser aquí una escueta organización de severidad, sino un homenaje incesante a sus capacidades. Si ellas fueran medianas, si no encerraran una potencialidad harto notable, con qué poco se contentaría el Colegio! Pero siendo como son exquisitas, qué no ha de hacerse para que se revelen y adquieran conciencia de su propio valor! Y no es, a mi humilde entender, hurtando el cuerpo al trabajo, prodigando lo fácil y multiplicando a cierra ojos los estímulos, como puede lograrse esa revelación. Hércules perpetuamente ejercitado en empresas de no nada, no creo que hubiera sentido nunca de qué hazañas estupendas podía ser capaz. Fuera de que—y esto no lo ignoran los rosaristas—la República a que servimos y en cuya exaltación nos empeñamos, aguarda razonablemente que forcemos el paso y abreviemos demoras en esta labor de formar los varones que ha menester. En otras naciones más ricas y más adelantadas, o menos distantes de los ápices de la cultura universal, quizá es posible y hasta urgente que se diluyan y desmenucen los gravámenes del aprendizaje y de la educación. Pero aquí donde el vivo y santo deseo de

emparejar con los pueblos más aventajados se acrecienta con el conocimiento de nuestras propias deficiencias, aquí donde la tierra misma que pisamos nos intima la ley de acelerado rendimiento y de presuroso desarrollo que son propios de nuestra zona, aquí donde la pujanza de naturaleza es como una figura y emblema que nos convida a lograr prestamente la plenitud sana y firme de los ánimos, aquí donde son tales las reservas de energía que, como estamos viéndolo, pocos días bastaron para mudar en nación de arrestos fulgurantes, ceñidos al derecho y sustentados en sacrificio, a la nación tradicionalmente pacífica que ayer sólo parecía empeñada en conjurar las ruinas que le trajo el descalabro mundial; aquí donde nos queda tanto que pensar y que realizar; aquí—digo—es indispensable que la marcha hacia el porvenir se mida no con el compás desmayado de la blandura holgada sino con el ritmo de la diligencia constante. Ello—ya lo adivináis—pide abnegación y fortaleza, reclama sesuda estimación de lo que somos y de lo que ambicionamos ser más adelante, pero, sabed que únicamente por este camino contribuiremos a que esta República, que aún no llega al siglo y medio de vida, se consolide en la bienandanza, extinga discordias y enfrene y postre a sus contrarios. Así desbarató Hierocles las dos serpientes que le asaltaron en la cuna.

No extrañemos que en el Colegio Mayor suene de continuo esta evocación de la República. La idea de los altos deberes que tenemos para con ella, no quisiera yo que se ausentara jamás de los actos solemnes y públicos con que el Colegio habla de vez en cuando a la Ciudad y a la Nación; pero mucho menos puede ahuyentarse de la vida cotidiana que de puertas adentro hacen los rosaristas. Ahí principalmente desearía que esa idea presidiera nuestras actividades y que, después del temor de Dios, principio de toda sabiduría,

fuera ella el norte y el imán, la estrella directriz y orientadora del fervor y de los progresos de esta juventud. Pensad a dónde llegaríamos el día en que con unanimidad y decisión, nos pusiéramos a trabajar en homenaje a la República: allí sería el descubrirla amorosamente desde las primeras clases de Geografía, como privilegiada porción del universo, allí el aprender a definir y trazar con manos inexpertas de niño los contornos y límites que alguna vez habría que defender con brazo de héroes y corazón de próceres; allí sería, oyendo y desentrañando las lecciones de la patria historia, el entender a cuánto nos obliga la condición de herederos y continuadores de una inmensa prosapia que hizo blasón de la inteligencia y del denuedo; allí el animar los áridos cálculos de las iniciaciones matemáticas con el pensamiento de que habrán de emplearse en computar y distribuir atinadamente los bienes y riquezas que las industrias propias del país recogen como recompensa del trabajo; allí sería el estimar en los vaivenes seculares de la humanidad lo que unas veces la empujó por sendas de gloria y lo que otras veces la arrojó en sombras de muerte, para deducir enseñanza y lograr experiencia que acá dentro nos preserven de equivocaciones o nos ahorren la calamidad de los ensayos inconsultos y de las imitaciones desatentadas; allí sería el observar y medir el juego incesante de las fuerzas físicas que pueden aprisionarse en el laboratorio, para rastrear siquiera las aplicaciones que pueden dárseles en la palestra anchurosa del suelo patrio; allí el balbucear los rudimentos desabridos de las lenguas extrañas agujoneados por la justa codicia de poseer el medio fiel de sondear otras literaturas y otros pensamientos en busca de preseas y primores que realcen y remocen las letras, ciencias y artes nacionales; allí sería el vencer la fatiga de los ejercicios gramaticales, y el sufrir las exigencias de la arquitectura del lengua-

je, sostenidos por la ilusión de adueñarnos del nervio y elegancia del idioma nuestro, órgano y vehículo de un acorde soberano en que deben fundirse la verdad y el sentimiento universales con las más tenues y sutiles modalidades, características del alma colombiana; allí sería, en suma, el hacer de la enseñanza secundaria un crisol hirviente donde todo lo que se aprende y todo lo que se practica, caldeado por el amor a la República e inspirado por ella, les diera a los jóvenes el sello y el temple inconfundibles de los grandes ciudadanos.

No sería entonces esa masa amorfa e inconsistente en que puede parar la mocedad cuando le faltan ideales permanentes, de esos que solicitan la tenacidad de los espíritus convencidos. Guárdenos Dios y guárdennos las memorias venerandas de los viejos rosaristas de probar alguna vez la atroz miseria de una juventud destituida de propósitos genuinamente nacionales, ajena a las tradiciones de la República, indiferente a sus creencias, olvidada de sus orígenes, desentendida de sus intereses y de sus realidades. Una juventud así, sorprenderá tal vez por su desenfado y hasta podrá conseguir ojos benévulos y regocijados para su ligereza, habrá quizás quien se extasie ante su «intensa frivolidad», pero allá en el fondo, ¿será todo ello algo más que un «snobismo» de decadencia, que si no equivale a un hastío prematuro, juntamente ávido y desconsolado, si es síntoma patente de un alma descoyuntada entre opuestas tendencias? Una tras otra se obedecen y una tras otra se abandonan al sabor del capricho, y son placenteras estas mudanzas mientras la flor de la edad les presta su encanto, gallardía y donosura; mas hé aquí que otro día, flaqueando las fuerzas, se queda el hombre a solas consigo mismo, fiado a sus propias habilidades que son bien pocas, y por idéntico caso, sin fe y sin confianza para más adelante, sin estímulo que le aliente, sin nombre, sin ejemplo y sin honra que dejar a los que vendrán en pos

de él. A éstos parecen aludir las Divinas Letras cuando hablan de los que fueron en la vida «árboles sin sombra y nubes sin agua»; pero mucho más los puntualizan cuando los asemejan a las espumas bravas que se envientonan y encaraman en la cresta de las olas, espumas de fastuosa iridescencia que la marejada va llevando hasta los pedrejonos costaneros, donde una hora después apenas son un rastro diminuto y sin belleza.

Y precisamente para no tener que llorar desventuras como éstas, previno Fray Cristóbal de Torres que los rosaristas no se educasen como la generalidad de los estudiantes, y que este su Colegio fuera distinto de todos los demás. Que aquí se transmitiera la doctrina sana, que se diesen los estudios competentes con versación y acuciosidad, que se administrara esta institución, no sólo con limpieza sino con exclusión radical, perentoria y definitiva de cualquier manera de negociación, de lucro o de medros personales; eso creo yo que está embebido o implícito en la idea de todo Colegio; es como dirían los alumnos de lógica, el género próximo de su definición. Para completarla es preciso añadir la diferencia específica que señala lo que es tan peculiar de este Claustro, que lo distingue de toda otra entidad análoga, le da un carácter inconfundible y le suministra una norma o criterio perpetuo de actividad. ¿Dónde está esa diferencia? Pues en aquella áurea máxima que empleó Fray Cristóbal para darle a su Colegio fe de vida y salvoconducto de perpetuidad; sentencia que no nos cansamos de repetir y comentar, por cuanto en ella está afianzado el sér de la institución, y porque—con gran temor lo digo—de ella se desprende una temerosa responsabilidad. Pero oíd ya al Arzobispo Fundador: «Porque todas las propiedades y buenas disposiciones de las naturalezas tienen su fuente original en el sér de las cosas, deseando acertar cuanto nos fuere posible, pondremos la definición del Colegio Mayor, que viene

a ser Congregación de personas mayores, escogidas para sacar de ellas varones insignes, ilustradores de la República con sus grandes letras y con los puestos que merecerán con ellas.

Ahí tenéis explicado para siempre jamás el ideal específico del Colegio del Rosario: la República. Ilustrarla y servirla con sabiduría y merecimientos, ese es el anhelo latente en nuestras Constituciones; ese, después de Dios, el primer motor del trabajo que aquí debe realizarse, ese el señuelo que a todos nos atrae, ese el propósito que no podemos perder de vista, ora se trate de la disciplina, ora de los estudios generales, ora de los profesionales. Y cuando nos faltara la definición imperativa y constitutiva de Fray Cristóbal, podríamos reconstruirla sin errar atendiendo a la historia. En plena Colonia y saliendo apenas de la Corte que le reverenció por Maestro insigne, el Arzobispo como que se desliga de su época para señorear el porvenir: en el Nuevo Reino hay hombres que tarde o temprano reclamarán soberanía y harán una nación independiente y querrán tener patria creada por ellos y por ellos defendida y vindicada. Para ese entonces, ¡oh gran Prelado, oh Fundador vidente! congregasteis aquí a los mejores; para que aprendiesen a regirse por sí mismos los hicisteis electores de su gobierno, para que gustasen de la independencia les disteis autonomía a precio de toda vuestra hacienda, para que amaran la patria grande advenidera les inventásteis su imagen y presagio en esta patria minúscula del Claustro y le disteis un invencible hechizo que esclaviza y abrumba a cuantos son sus hijos.

Así preparaba Fray Cristóbal la República: la tarea duró siglo y medio pero al fin tuvo coronamiento: a veces, señores rosaristas, olvidado el presente y os confundo con otros rosaristas que hace una centuria larga vivían aquí más estrechamente que vosotros; aquel que allí se pasea embebecido en sus pensamientos, ¿no será Camilo

Torres que forja dentro de sí el verbo jurídico de la revolución? y el otro que repasa apresuradamente un texto maltratado, ¿no será Caldas atento a descubrir la solución inopinada de un problema? Como ese que se deja distraer por el ritmo de unos versos sería el dulce y bondadoso Fernández Madrid, como aquel de ceño adusto siempre concentrado en el estudio sería García de Toledo, como esos que discuten en torno a la columna se juntarían Torices, Dávila y Acevedo Tejada; como habla aquel niño alborotado con el condiscípulo grave y cejijunto, así importunaría Girardot a don Joaquín Camacho. Las risas turbulentas de los unos me hacen pensar que están celebrando la agudeza de Germán Gutiérrez o la ironía cortesana de Calcedo y Cuero; y ¿cómo no he de figurarme que los alardes de intrepidez que se refieren con deleite los de más allá fueron también entretención de Villarino y Santacruz que, en el Portete de Tarqui, engrandecieron el nombre rosarista?

Si del Colegio de Fray Cristóbal salieron tantos soldados y guerreros, no quiere decir eso que en él se rinda culto idolátrico a la fuerza y a las armas. Ellas, dondequiera que no estén subordinadas a la ley y a la justicia, son abominables; pero son excelsas cuando es el derecho quien emplea la una y esgrime las otras. Dejan entonces de llamarse fuerza o violencia, y se truecan en virtud singular que se denomina fortaleza, antemural de la paz y arrimo de la soberanía, *praesidia majestatis*, como dijeron los antiguos.

Importaba según esto que, atento al bien de la República, asentara el Arzobispo Fundador en estas aulas y como particular atributo del Colegio, la enseñanza y veneración del derecho. Que no es por cierto aquella vergonzante y menguada jurisprudencia, nodriza trapacera del enredo cobarde, del ligujo doloso y de la sonaca alevosa, sino el sumo sacerdocio de la justicia que hace a las naciones incommovibles, a las sociedades ho-

norables y a los individuos virtuosos. Y notad bien que digo esto último porque a nadie le es lícito alzarse con el cargo y oficio de invocar ley, justicia y derecho para los demás, si antes no ha procurado aplicárselos con sinceridad y rectitud a sí mismo, de suerte que sea internamente y en los claros ojos de su conciencia un dechado de la integridad que busca por de fuera.

Entendía además Fray Cristóbal que por nuestros antecedentes genealógicos y por el proceso de nuestra formación así en la Colonia como en la República futura, estábamos predestinados a ser legistas, jurisperitos y togados. De antaño nos vienen la vocación forense y el apetito y comeción de escudriñar textos legales: nuestros mayores se solazaban confrontando cédulas reales y descubriendo recónditas y eruditas interpretaciones; nosotros, a poco de la independencia, ya habíamos fabricado una mole imponente de legislación. Y sin negar que la jurisprudencia cultivada como única posible profesión, degenera muy luego en rabulismo ponzoñoso, ¿cómo no reconocer que ella ha sido y es uno de los factores de nuestro carácter nacional? ¿Cómo desestimar esta afición jurídica que junto con la religión, la lengua y las tradiciones así aborígenes como hispanas, contribuyó también —aunque en diversa escala— a individualizar y precisar la índole de un pueblo? Veis, de otra parte, que el culto del derecho nos está procurando un homenaje internacional; veis cómo ácoje y confirma nuestros procederes el hombre de más alto prestigio en Francia invicta, santuario de la mente latina; veis la postura azarosa y el subterfugio insostenible en que se mantienen esos que por martirizar el derecho le arrancaron ya al Libertador el apóstrofe candente y vengador que conocemos; veis cuán sereno y firme es el apresto de recursos cuando lo respalda la justicia; y veis en resumen, con qué generosidad y prontitud se inflamaron el arrojo y el brío cuando tuvieron que ser ofrenda votiva y lámparas veladoras ante los altares del derecho.

Consagrándolos en su Colegio, Fray Cristóbal proveía, pues, fundamentalmente a la protección y defensa eventuales de la República; añadiré que le señalaba las vías de la victoria, porque, ¿qué es la victoria? No es el estruendoso choque de las armas, sino un resultado del encuentro entre la superioridad moral del vencedor y la depresión moral de los vencidos.

Concluyamos este esbozo de nuestros ideales recordando que Fray Cristóbal previó que sus alumnos a poder de merecimientos llegarían a ilustrar la República desde muy altas posiciones y muy honorables empleos. No fue esto un irritar las mentes juveniles con prematuras y torpes ambiciones, no fue un provocarlas desde temprano a correr los azares de la intriga y de los sórdidos manejos; fue, en verdad, un postrimer estímulo para que no descuidasen cosa alguna de las que hacen al hombre sumamente capaz y autorizado, fue un llamamiento a las conciencias para que no profanasen nunca por ineptitud o por ignorancia los puestos que se les encomendaran; fue decirles a los rosaristas que en todo tiempo y más en estos de positiva crisis, cuando parece que los males se agravan y que hay ambiente de agonía, a ellos les toca descubrir, confundidos allá en medio del quebranto general y entre el movimiento aparentemente desconcertado de todos los intereses y pasiones, los elementos de regeneración que nunca faltan, y estudiándolos y fomentándolos, lograr tal vez que se anticipe la vuelta de la bienandanza, y encaminarla de nuevo, aleccionada con la experiencia, por las vías de la prosperidad, de la concordia y de la paz.

Los pasos que han dado los alumnos en el período escolar que hoy termina, para realizar las intenciones de Fray Cristóbal de Torres, están representados en estos títulos de honor que vamos a entregarles y que ellos han ganado en los juegos olímpicos de la inteligencia. De todos fue la lucha, y si no de todos ha sido el triunfo,

a muchos alcanza la gloria, y a nadie deben faltar alientos para marchar adelante.

Colocado en los confines de un período rectoral que concluye y otro que comienza, debo corresponder al honor inmenso con que me distinguieron los señores electores, asegurándoles que, ayudado por Dios, me esforzaré en servir con alma y vida al Colegio Mayor. Llégue esta promesa hasta el Excelentísimo señor Presidente de la República, Patrono de este Claustro, y dignese admitirla en homenaje al celo exquisito con que mira por la obra de Fray Cristóbal de Torres, y en homenaje también a la singular benevolencia con que confirmó mi nombramiento.

Jamás. —Dios lo sabe— me hubiera atrevido a tomar sobre mí tamaña distinción sin la unanimidad que me la otorgó, o sin tener asegurados el consejo y dirección de los actuales señores consiliarios, la compañía y fidelidad de mis colaboradores inmediatos, así en el régimen interno, como en el manejo de los caudales y en el trabajo de secretaría. Colaboradores he dicho? Nó, señores; el nombre no es exacto, porque son ellos y la Consillatura los que saben mantener y prosperar el Colegio, y a mí no me queda sino el inmerecido deleite de contemplar el orden y los adelantos que se logran.

Y a vosotros, señores alumnos, ¿qué os diré?... Bien pronto abandonaréis los claustros para restituiros a vuestros hogares y renovar las fuerzas en justo descanso;... vuestra ausencia le roba la luz y el calor a mi universo, mas ya que habéis resuelto que siga participando de vuestra vida de estudiantes, aguardaré, como se aguarda la alborada, que otra vez luzca el sol de vuestra gentileza en mi horizonte.

